



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

CARTA DE UN TORO Á OTRO TORO.

«A Saleroso, individuo cornudo de la ganadería de don M. F. Seguri, en propia mano ó en propios cuernos.

SEVILLA, ó donde se halle.»

Estimado amigo mio, inolvidable compañero de mi infancia, cuando lleguen á tus manos, digo, á tus cuernos, estas cortas líneas, probablemente habré dejado de existir, no solo á consecuencia de heridas recibidas en mi cuerpo pecador, sino mas principalmente de las que han lastimado mi amor propio, que era mi primer amor, lo mismo que entre los hombres, mis verdugos, á quienes, á pesar del mal que me han hecho, no les deseo la triste posición en que yo me vi, y los demás me vieron, en la tarde del 26 de junio último, como voy á referirte, querido y bondadoso hermano mio.

¿Te acuerdas de la pena con que te separaste de mi, cuando otros toros hermanos y yo,—los hombres suelen decir yo y otros,—salimos de esa tierra bendecida con dirección á la corte, capital de las Españas? Pensabas tú, pensaba yo y pensábamos todos, por lo que oíamos leer en los periódicos, que Madrid era otro Paraiso, ó por lo menos otra arca de Noé, en la que cabían todos los animales, y todos podían vivir tranquilos, sin temer daño alguno, y adquiriendo provechosos conocimientos en las artes y en las ciencias, y gran experiencia de mundo, que es la ciencia que mas falta hace para vivir en el susodicho mundo. ¡Cuánto nos engañábamos tú y yo, los hermanos y compañeros. En Madrid está la inquisición de los animales, y cada hombre, con honrosas escepciones, es un familiar de esa inquisición, que martiriza, humilla y destruye moral y físicamente á los animales con quienes trata. Aquí, Saleroso amigo, matan por las calles á los perros, con la mayor sangre fria y la mas refinada crueldad, matan á los perros pobres, á los que no tienen para comprarse un bozal, y los matan para prevenir que rabien, siendo así que los que rabian mas fácilmente son los perros bien acomodados, los perritos de lanas que tienen por nombre Arturo ó Joli, que quiere decir lindo, y que duermen en el regazo de las muchachas mas benitas ó de las viejas mas compuestas y recompuestas, y no comen mas que bizcochos, ternera y cositas delicadas, y van en coche á todos los paseos y diversiones; aquí hay una familia

de bípedos que se llaman cocheros, que matan á palos á los infelices caballos que están á su cuidado, y mas les valiera estar en el campo arando, ó entre salvajes marroquíes; habias de ver á los pobres animales sudando, muertos de hambre y de cansancio, con toda la apariencia de espectros, y no luminosos, correr de un lado á otro de la población, arrastrando coches indignos, en los que, no teniendo mas que dos asientos, suele empaquetarse un matrimonio con un hijo de seis años, otro de pecho agarrado al de su ama, y otro ú otro par de ellos en el vientre de la parte flaca, ó mejor dicho, de la parte gorda del matrimonio, que es la mujer; aquí, hermano querido mio, las vacas, que son nuestras costillas, están todas tristes, flacas, macilentas, tísicas, en fin,—que no sé cómo no las mandan á Panticosa,—viviendo las infelices en cuadradas sombrías, oscuras y húmedas, comiendo poco y malo, y obligadas á dar infinidad de cuartillos de leche, que los hombres y las mujeres beben con mucha fe, pero con poco provecho, porque no es posible que den buena leche las vacas que viven sin buen alimento, sin la alegría del campo y sin el consuelo de ver á ninguno de nosotros mas que de higos á brevas, y encerradas en habitaciones insalubres y estrechas.

Aquí, y llego al principal objeto de esta carta, nos traen á nosotros para que sirvamos de espectáculo y fiesta sangrienta al ilustrado público, para que demos horrible muerte á inofensivos caballos, que ningun mal nos han hecho, y para que nos corran, nos piquen, nos claven banderillas y nos escaeben unos hombres aleccionados en ese ejercicio, y que saben cogernos las vueltas perfectamente, aunque alguna que otra vez tropiezan con uno de nosotros que los manda á la eternidad, como ha sucedido ya en esta plaza de Madrid y en otras.

Para esta horrible fiesta, amigo Saleroso, nos sacaron de nuestros pastos de Sevilla á mis compañeros y á mí. Bien ageno venia yo de lo que me esperaba; pero al llegar cerca de las puertas de Madrid, un cabestro, que en todo el camino no habia hablado una palabra, y cuyo silencio habíamos respetado, suponiendo que le preocuparian graves disgustos de familia, nos impuso en todo lo que nos esperaba, y en todos los accidentes de la lidia desde el de la pica hasta el del horrible trance de la muerte, y derramando lágrimas como puños, y enderezando los cuernos, nos habló de esta manera:

«¡Ay, hijos queridos míos! qué pena me dá veros tan bravos y arrogantes, destinados á morir en público, en presencia de infinidad de personas que se complacen en vuestra agonía, y cuán grande es mi dolor al considerar que esta fiesta vá dando fin de todos los nuestros, y que los toros de mas porvenir, los que mas se han distinguido por su belleza, su bravura y sus prendas morales, vienen aquí á divertir á un pueblo que, fuera de su afición á matar toros, es un pueblo generoso, hidalgo é ilustrado. ¡Qué mal se aviene esta fiesta á que os traen con la civilización de que tanto se habla en los periódicos!»

Escuchábamos todos, y yo particularmente, la venerable voz del respetable cabestro con profunda atención y respetuoso silencio.

—«Solo vosotros, hijos míos, continuó nuestro celoso y respetable guía ó leader, podríais acabar con la afición á las corridas de toros...»

—«¡Cómo! ¡cómo! exclamamos todos á la vez.

—«¡Cómo? muy fácilmente; no dando juego, saliendo á la plaza á pasearos, huyendo de los caballos, de los hombres y de todo el mundo; si los toros hicieran esto durante unas cuantas corridas, perdería el público la afición, y los toros que quedasen y los toros que vinieran al mundo en lo futuro, escribirían en mármoles y bronce los venerables nombres de los héroes que hubiesen destruido para siempre esa fiesta horrenda.

—«Eso sería una cobardía, dijo uno.

—«Nuestro honor nos impone la obligación de ofender y defendernos, añadió otro.

—«Yo ensarto sin remedio á todo el que se me ponga por delante, dijo otro compañero, jóven y entusiasta.

Yo no dije una palabra, pero empecé á pensar en las razonadas frases de nuestro mentor; y cuando llegamos á la plaza, al sitio del sacrificio, ya estaba dispuesto á hacer el de mi honor en pró de la respetabilísima clase á que pertenezco, siendo el primero que inaugurase el sistema que habia indicado aquel cabestro, con amor verdaderamente paternal.

Encerráronme, como si fuera un chico desaplicado, en lo que llaman *chiquero*, y allí acudió á verme gran número de personas, que se hicieron lenguas,—eso hubieran querido para comérselas luego,—de mis *libras*, de mi buena estampa y de la bonita y elegante configuración de mis cuernos.

Llegó el momento de la corrida, y antes que yo salieron á la plaza dos hermanos nuestros que, olvi-

dades de los sábios consejos del cabestro, hicieron lo que hasta aquí ha hecho el vulgo de los toros, acometer á los infelices caballos, y en vano á los toreros, para ser despues inhumanamente escabechados por un mozo *cruo* que se llama diestro, aunque sea mas torpe que un topo.

Llegó mi vez, y salí á la plaza, y confíesote, amigo y hermano mio, que tuve intenciones de dar satisfaccion á mi amor propio y morir matando; pero la noble idea de comenzar la obra meritoria de la estincion de la fiesta taurina, el amor á los de mi clase que, si prosiguen las corridas, habrán de morir en lo sucesivo en los circos, y la conciencia de que, al obrar así era el primero en hacer un bien á la humanidad haciéndola perder la afición á ese espectáculo sangriento, y contra el cual vienen reclamando, aunque en vano, los toros de toda la península, me hicieron seguir en mi buen propósito; y tomada mi resolución, sereno, impávido, con la tranquilidad de un héroe, comencé á pasearme por la plaza, sin llegarme á los caballos, sin mirar, y menos seguir, á los toreros, y sin que me impusieran las amenazas del público, los gritos de los lidiadores, ni tampoco la autoridad del presidente, cuya autoridad será muy grande, pero yo para nada la reconozco.

Pedia el público, ¡ingrato!—todo género de suplicios contra mí, banderillas de fuego, media luna, perros de presa, ¿qué sé yo?... y allí habías de verme, en medio de la plaza, arrostrando las iras populares, sin ser ministro ni cosa que lo valga, huyendo hasta de mi sombra y pasando á los ilustrados ojos del ilustrado público por un cobardon de primera clase, ¡cobarde yo.... que soy capaz de enganchar en un cuarto de hora á todos los diestros de la tierra!—y oyendo insultos soccos y deauestos repugnantes como en mi vida los habia oido allá en mis deleitosos y amenos campos.

Dos ó tres veces estuve tentado de arremeter contra los lidiadores, y enristrarlos á todos como buñuelos, y saltar luego la barrera, y no dejar sin su cornada correspondiente á ningun curioso, alguacil, aguador, ni dependiente de la empresa, ni titere con cabeza; pero me contuve para ser héroe hasta el fin, para seguir fielmente el sábio, humanitario consejo del anciano cabestro. Apurado ya todo el diccionario de dieterios é injurias, y despues de conferencias entre el presidente y los toreros, comenzó el público, siempre ilustrado, á lanzar sobre mí naranjas, cascos, ladrillos, bancos y todo lo que pudo haber á las manos, con lo cual mandó el presidente que salieran los cabestros á llevarme ignominiosamente al corral; el cabestro nuestro consejero, era uno de los que salieron á buscarme, y vi con satisfaccion asomar en sus ojos dos lagrimas de alegría al saber que yo habia seguido su consejo. Esto me basta: el venerable anciano aplaudé mi digna conducta; poco me importan las injurias y los malos tratamientos que debo al ilustrado público.

Yo he tenido la suerte de inaugurar el sistema mas oportuno y eficaz para concluir con las corridas de toros, que concluyen con nosotros; el que se ame y ame á sus hermanos, siga el mismo sistema, y pronto habremos conseguido el mas glorioso triunfo.

Aquí me tienes, amigo mio, en el corral, que es como una cárcel correccional, mal trecho y asandreado, y con la incertidumbre de mi suerte, estudiando el Reglamento de las corridas de toros, que ha escrito un aficionado, que se conoce que tiene poco que hacer, y preparándome á escribir una refutación del tal Reglamento, si aquí me dejan sosegado ó me llevan otra vez á vuestro lado, que es mi mas ardiente deseo.

Y con esto no te canso mas; dá espresiones á todos los amigos y hermanos que pregunten por mí, y tú manda como gustes á este tu afectísimo compañero que te quiere y desea darte una embestida,

GENEROSO.

P. D. De mis desgraciados amores nada te digo por no entristecerte. —¿Sigue ella entre vosotros?... ¿Me ha sido fiel?... Dímelo todo; he sufrido tanto ya, que ya puedo sufrirlo todo. Adios.

VICIOS SOCIALES.

LA BARAJA.

(Conclusion.)

Continuó el juego.

Un dos y un caballo fueron las dos cartas vueltas sobre el tapete.

—¡Sov dos! exclamó un señora que, segun todas las señales, se hallaba en estado interesante, y puso un napoleon al dos.

Yo saqué un billete de doscientos reales, y lo puse al caballo. La suerte me favoreció; el caballo salió, y yo dupliqué mis diez duros.

—¡Jesús! ¡qué suerte tiene V! me dijo aquella mujer que era dos, y alargándome un napoleon, añadió: —Tome V. este napoleon y déle V. tres golpes.

Tomé la moneda, le di sobre la mesa los tres golpes que me indicaba su dueña, y se la devolví, lamentando no haberla triplicado, como esperaba ella, no sé por qué, con solo darle los tres golpes.

Entonces me esplicó que lo que deseaba era que yo la pusiera á la carta que me gustase, suponiendo la presunta madre que yo tenia buena mano ó las veía venir, y que no dejaria de elevar la mísera cantidad de diez y nueve reales que me entregó á la de doscientos, que era su *desideratum*.

Seguí jugando, y en un cuarto de hora llegué á reunir doscientos duros para mí, y trescientos reales para la señora en cinta, quien, apostrofando á su marido, que desde segundo término hacia tambien sus *puestas* de dos reales y una peseta, y perdía siempre, se deshizo en elogios de mi humilde persona, y hasta la oi cómo decia á doña Rosarito, que estaba á su lado:

—La mujer que tenga un marido con la suerte que ese caballero, ¿para qué quiere mas dia de fiesta? El mio parece tonto. ¡Jesús! no he visto hombre mas desmanotado; en sacándole de *hacer liendres* (1) allá en la oficina, es hombre inútil.—Ya vé V., doña Rosarito, si sacáramos siquiera trescientos reales cada noche, con ellos y catorce que gana mi marido, podíamos ir tirando hasta que se muera su padre, que es así (y cerraba el puño), y no quiere darle en vida un ochavo; pero si, si, no sé en qué está pensando que siempre viene á perder el dinero.... Lo bueno que tiene es que nunca falta aquí algun caballero que me lleve una vaca, ó preste á mi marido un par de napolcones; no crea V. que por él, sino por mí, porque saben la falta que nos hace, y porque les gusta verle rabiar, pues como ha dado ahora en la tecla de ser celoso.... Pero cuando se trata de tomar el dinero que ganamos con los napolcones prestados, entonces no es celoso, ¡quia! entonces soy yo muy guapa, y muy lista, y ¡vaya! no falta mas que quitar á un santo del altar para ponerme á mí....

Muy mal efecto me hizo esta arenga de aquella mujer, que estaba en visperas de ser madre, y que en tan poco aprecio tenia el decoro y la consideracion del infeliz que le habia dado su nombre; pero, á la vista del tapete verde, todas las reflexiones morales, todas las buenas ideas, son fugaces relámpagos que brillan un momento y desaparecen, para que la imaginacion no se ocupe en otra cosa que en las eventualidades del juego.

Hablád allí de amor á una mujer jóven y hermosa, y os oirá como si oyera un discurso sobre los presupuestos, ó sobre la prensa; pero no le digais una palabra de amor, y jugad para ella una cantidad vuestra, con la que le consigais reunir otra bastante crecida, que luego pondreis en sus manos, y habreis logrado interesar su corazon mucho mas que en dos años de protestas y juramentos, y lisonjas, y paseos por delante de sus balcones.—Terminado el juego, ya podreis declararle vuestro atrevido pensamiento, en la seguridad de que no habeis de ser desdeñado: lo malo será que, con la misma facilidad que habeis conquistado su corazon, lo conquistará la noche siguiente otro que le entregue tambien una cantidad regular, ganada con lo que llevaba destinado al sacrificio, en aras de la hermosura, y á fuer de caballero galante y protector del adorable bello sexo.

Pronto llamó la atencion del ilustrado concurso la constancia de la suerte en favorecerme; todos los ojos se clavaron en mí y en el dinero que tenia delante, y los dos que tallaban comenzaron á mirarse uno á otro, y acabaron por pedir otras barajas, cosa que no dejó de inquietarme, pues temia que las hubiera hechas adrede para ganar ellos, y porque, segun habia oido decir al huésped de mi patrona, no falta en Madrid quien lleva *marcadas* las barajas, ó sabe *echar el pejo*, ó hacer cualquier otro gatuperio de los inventados para quedarse impunemente con el dinero ajeno,—que es la industria mas alambicada en la sociedad moderna, en la que todos necesitamos dinero, lo mismo los que lo ganamos con el sudor de nuestra frente, que los que no tienen de donde les

(1) Escribir.

venga, y viven cómoda y anchamente, sin oficio conocido ni emolumento alguno de buena ley.

—Cuide V. no le den una *encerrona*, me dijo un caballero que se me acercó, porque los dos que tallan son muy *largos* y la *manegan* que es un gusto.

Dile las gracias por el aviso y la buena intencion, y no pensaba darle mas; pero con los mejores modos me manifestó que habia perdido dos *fragatas* y cinco onzas, y que me agradecería mucho cuatro napolcones, en calidad de préstamo, para *desquitarse*; y yo, que nunca he podido negar un favor, se los entregué cen la mejor voluntad, cosa que cualquiera en mi lugar hubiera hecho tambien, porque aquel hombre, por su conversacion, sus modales y su traje, parecia todo un caballero;—y lo era efectivamente, pero de industria, segun me dijeron despues, mostrándome su nombre en una citacion, publicada en el *Diario de Avisos*.—Lo cierto fué que él se *armó* aquella noche con mis cuatro napolcones, y pudo consolarse de la pérdida imaginaria de las dos *fragatas* y las cinco onzas.

A pesar del cambio de barajas, la suerte continuó favoreciéndome, y al mismo tiempo que crecian las pilas de napolcones que yo tenia delante, disminuia notablemente el dinero de la *banca*, y los *banqueros* se miraban como preguntándose qué harian para llevar otra vez al centro mi dinero y dejarme por puertas.

Levantóse uno de ellos, y como por distraccion, se llevó una de las barajas en la mano, y á poco volvió á salir de la pieza inmediata donde entro, con objeto de tomar el pañuelo que lo habia dejado dentro del sombrero sobre el piano.—En la mano traia la baraja que se llevó por distraccion.

—Mucho ojo, me dijo el huésped de mi patrona; y se puso detrás del mozo de la baraja, que sudaba como un pollo, no sé si porque sudaba efectivamente, ó porque se habia humedecido el rostro, para justificar la necesidad en que se vió de ir á buscar el pañuelo para limpiarse.

—Salieron un tres y un seis: puse mil reales al seis, y gané.

La banca agonizaba.

—No hay gallo, exclamó el banquero; lo que queria decir que no habia mas que albur.

—Eso es, replicó doña Rosarito, para que yo no juegue.—A mí me gustan los gallos; hágame V. el favor de echarme el gallo.

Pero no le echaron.

Puse otros mil reales, y gané.—Uno de los banqueros se tiraba de las puntas del bigote; el otro no habia mas que mirar al techo.

Puse dos mil reales á una sota contra un cuatro.

Comenzó á tirar el banquero; y no venian ni la una ni la otra carta.—Momento de profundo silencio.

—Todas las miradas estaban fijas en la baraja.

El banquero tiraba muy despacio, deteniéndose al descubrir las líneas de cada carta, y poniendo la mano donde tenia la baraja, de manera que los circunstantes no pudieran ver la carta que venia.

Salió el cuatro, y ya iba el banquero á echar mano á mis dos mil reales, y á otras *puestas* de la carta desairada por la suerte, cuando apareció una mano que le asió fuertemente la suya: aquella mano era la del huésped de mi patrona, que con la otra cogió la baraja, y sin soltar al banquero estupefacto, fué repasando las cartas, hasta encontrar una sota pegada á un tres.—Aquella sota estaba delante del cuatro, y el banquero habia *echado el pejo*, con la intencion pecaminosa de que yo perdiera mi dinero y recobrarla la *banca* su perdido esplendor.

Seguíose á esta una escena que no puede describirse; cuarenta manos lo menos cayeron sobre la mesa, y recogieron el dinero que allí habia, incluso el bastonazo á la lámpara y la sala quedó á oscuras; las mujeres comenzaron á chillar; se agruparon á la puerta los jugadores, procurando cada cual salir lo mas pronto posible; sonaron algunas bofetadas; doña Rosarito puso el grito en el cielo; la señora en cinta gritaba: «¡Pascual! ¡Pascual!»—(que así se llamaba su marido)—y Pascual se ponía á cubierto detrás de una de las puertas, de los garrotazos que de cuando en cuando solian caer sobre alguno.—Cuando apareció la luz, traída por la señora de la casa, la mesa estaba completamente limpia: una de las *cucas* se habia puesto por capa el tapete verde; otra habia perdido en la refriega un camafeo, que de feo tenia el retrato de un teniente de la guardia real, marido que fué de la dueña de la alhaja; otra tenia suelto el cabello y partido en dos el rico peine de cuerno; otra tenia en el hombro una señal de un pellizco que le habia dado no sabia quién; uno de los caballeros apareció con la cara arañada y semeiante á un *mamundi*; otro habia perdido un faldon del frac, y además el reloj, que otro habria encontrado seguramente; otro reclamaba dos pesetas que tenia puestas á la sota; aquel que me llevó el primer napolcon que puse, amenazándome con *matarme*, habia perdido el bisoné; el huésped de mi patrona, que habia recogido mis dos mil reales de sobre la mesa, vino á entregármelos honrada y noblemente, con la nariz y la boca ensangrentadas, el cabello en desorden, el

rostro acardenalado, y todo el traje lleno de ladrillo y yeso; como él había sido el que recogió mayor cantidad, sobre él cayeron todas las manos y á él se asedaron todos los golpes.

Y todos hablaron á un tiempo, y todos dijeron que los habían robado, y ni los banqueros, ni el caballero que vino á decirme que se me preparaba una encerrona y á pedirme los cuatro napoleones, parecieron vivos ni muertos.

La dueña de la casa nos manifestó lo mucho que deploraba aquel desagradable incidente, asegurándonos que era la primera vez que en una casa tan acreditada como la suya, ocurría un lance de tan mala especie, y nos protestó una y mil veces que no volvería á ocurrir en lo sucesivo, y que, al efecto, adoptaría severas medidas, como la de prohibir la entrada en su casa á toda persona que no fuese presentada por otra, de reconocidos y buenos antecedentes, etc., etc.

Yo salí ganando seis mil reales, que me pesaban en la conciencia, como si detrás de una esquina, ó en la soledad de un camino se los hubiera arrancado á un honrado padre de familia.

Pero quienes hicieron su agosto aquella noche, fueron las cucas, porque cuando se apagó la luz, sus manos fueron las primeras que llegaron á las monedas colocadas sobre la mesa.

En la calle iban delante de mí, sin haberme visto, doña Rosarito, la señora en cinta y don Pascual.

—Yo no pude coger mas que diez napoleones, decía la primera.

—Saca el billete que te di, y veremos de cuánto es, dijo á don Pascual la señora que era dos.

—De quinientos, dijo don Pascual.

—¡Qué suerte tienen VV! añadió doña Rosarito.— Nunca encuentro yo esas gangas.

A pesar de todos mis escrúpulos, á pesar de mis remordimientos, me sucedió lo que á todo aquel que gana la primera vez que juega; volví á jugar.

Y ahora, que ya ha pasado mucho tiempo, ahora que no conservo de mis errores mas que el recuerdo, ahora que creo que mi vida presente me purifica de mi vida pasada, no me avergüenza confesar al lector que á los pocos dias de entrar con tan buen pié en el peor de los vicios, desaparecieron mis escrúpulos y calló en mi conciencia la voz del remordimiento. —Yo, como los demás, me acostumbé á embolsarme el dinero ageno; y á que otro se embolsara á veces el mio, y hasta llegué á sospechar que no había motivo de tener por inmoral el juego, y á considerar perfectamente legítimas las ganancias y las pérdidas, fundándome en que cada ciudadano tiene el derecho de hacer de lo suyo lo que le parezca, y guardarlo ó tirarlo por la ventana, como mejor le acomode.

Entonces no sabia yo otra cosa, sino que unas veces ganaba y otras perdía; entonces no tenia yo la experiencia de que el dinero mejor ganado es el que se gana con el trabajo; que este dinero es el único que proporciona al hombre el bienestar material y la tranquilidad de la conciencia: que de los padres que trabajan asidua y constantemente para sus hijos, nacen los hijos, que trabajan despues para sus padres; que el padre que pasa largas noches de insomnio, siguiendo las alternativas del monte, y apurando, si se me permite la frase, su caduca inteligencia para calcular si *vendrá* antes el cinco que el cuatro, ó el caballo que el rey, no tiene tiempo de educar á sus hijos, ni en su mente cabe otra idea que la que le arrastra á la mesa del tapete verde.

¡Qué dignos de compasion son las esposas y los hijos del jugador! El que habia de ser su protector, su mas cariñoso amigo, es su enemigo mas cruel. — Un bandido puede tener escondidos allá en el fondo de la caverna donde se guarece, una mujer amada y unos hijos queridos, por quienes se avergüence alguna vez de su miserable profesion, por quienes esté dispuesto á sacrificarse á toda hora; pero un jugador, arrastrado por tan vil pasion, arrebatará la dote á la esposa, el patrimonio á sus hijos, hará de modo que los que de él esperaban un porvenir tranquilo y seguro, tengan algun dia que acudirle á él mismo, si el trabajo les ha podido devolver lo que el vicio del padre y el esposo les arrebató, ó se vean abandonados á si mismos y arrastrados en el camino que conduce á la miseria y al crimen.

Esta pintura parecerá exagerada; no lo es por cierto. — En el mundo hay hartos ejemplos de lo contrario, entre nosotros viven muchas víctimas del juego; si el lector pudiera penetrar los secretos de muchas familias, que verá todos los dias y en todas partes, con profunda amargura veria los estragos hechos por esa detestable pasion, y se alejaria con horror de algunos hombres, que serán responsables ante Dios, ya que no lo son ante la sociedad, que los tolera, de graves daños, de vergonzosos hechos.

¡Cuánto mas feliz vive el jornalero que trabaja desde la aurora hasta el crepúsculo, y gana para poder vivir y trabajar al dia siguiente, que el jugador que viene á su casa con los bolsillos llenos de billetes del Banco! ¡Aquel ganará otra vez su jornal al dia siguiente; este perderá lo que ganó la noche anterior, y tal vez vendrá á quitar á la esposa y á

los hijos el pan de la boca para perderlo tambien! ¡Aquel morirá bendecido por los suyos; este se apartará de todos, y quizá morirá de todos abandonado, y en los brazos de la caridad! Aquel no cometerá una accion indigna el dia que el trabajo le falte; la fé y el temor de Dios fortalecerán su espíritu; este no se detendrá en los medios que puedan proporcionarle modo de satisfacer su pasion. Aquel dejará á sus hijos un nombre oscuro y honrado; este dejará quizá un nombre tristemente célebre, que será para los que lo hereden un odioso sambenito.

LA LOCA.

I.

El hijo del alma mia
Se partió ya de mi lado,
Y por el amor de un dia
Mi eterno amor ha olvidado.

¡Dios clemente!

¡Que yo sin verle no muera!

¡Que pueda besar su frente

Con mi lágrima postrera!

¡Hijo mio!

¡Tal vez el mundo le engaña!...

¡Tal vez le vuelva el hastío

A la paz de mi cabaña!...

II.

¡El no sabe que su olvido

Causa mi dolor profundo!...

¡Quizá se ve combatido

Por las tormentas del mundo!...

¡De engañarme

En mi amor de madre trato!...

¡No hay por qué pueda olvidarme!...

¡Me olvida, porque es ingrato!...

¡Quizá sea

—¡Hijo de mi corazón!—

Ingrato, porque la aldea

No es campo de su ambicion!

III.

De su amor dudo, y le ofendo;

¡Tal vez allá, en la ciudad,

Con su trabajo está siendo

Honra de mi ancianidad!...

¡Y algun dia,

De su amor filial, tributo,

Me traerá con alegría

De sus trabajos el fruto!...

¡Y la muerte

No verá ya con temor!...

¡Qué madre no será fuerte

Junto al hijo de su amor?...

IV.

Pasados diez años van,

Y á mi no vuelve el impío...

¡Qué amores le detendrán,

Que así olvida el amor mio?...

Ya me advierte

El tiempo, que llega el dia

De mi muerte!...

¡Y él no llega todavia!...

¡Y tanto es mi amor profundo,

Que de imaginar me espanto

Si no verá ya en el mundo

Al hijo que quiero tanto!

V.

¡Allí es la ciudad!... ¡Allí

Le hallaré!... ¡Ya no me estraña

Que se olvidase de mi

Y de mi pobre cabaña!...

¡Cuánta gente!...

¡Estoy temblando!... ¡Qué veó!...

¡Dios clemente!...

¡Un patibulo y un reo!...

¡Infeliz!... ¡Dios le perdone!...

¡Por su familia me affijo!...

¡Nunca el cielo la abandone!...

¡Ah!... ¡le conozco!... ¡Es mi hijo!...

Y cuando el pueblo volvía,

Vista ya la ejecución,

En torno se reunia

De una vieja que decía:

¡Es mi hijo!... ¡Perdon!... ¡Perdon!

Contrajo una carcajada

Su desmesurada boca

Y corrió desatentada...

Y la gente alborozada

Gritó: ¡La loca! ¡la loca!

CASCABELES.

Parece que desde este mes comienza á regir una ley de imprenta, que si no es nueva, no es enteramente la misma que antes regía.

Unos periódicos dicen que la nueva ley es benéfica para la prensa.

Otros periódicos dicen que es la mas perjudicial á la prensa, y que los periodistas estarán á cada paso espuestos á ir, digo, á que los lleven, al Saldero.

A EL CASCABEL le tienen sin cuidado esta, la otra, y todas las leyes de imprenta que se hagan.

Por decir la verdad, cuando la pueda probar, por distraer honestamente al lector, por publicar artículos útiles de costumbres y de moral,—que esta no es una costumbre, por desgracia,—por cuidar de no manchar el papel con insultos, denuestos y personalidades que perjudican mas á quien los escribe que á quien se quiere perjudicar, y por defender al que trabaja, al que es víctima del descuido de los gobiernos ó de la mala fé de sus prójimos, y á los hombres de ciencia y virtud, postpuestos á los que no han estudiado mas que en la escuela de la desvergüenza, de la osadía y del egoismo,—por todo esto ningun juez, ningun gobierno llevan á nadie á la cárcel.

A EL CASCABEL le convienen todas las leyes.

Desde este mes pagamos mucho mas de lo que pagábamos por derechos de timbre, gracias al nuevo arreglo, que protege á los periódicos que pesan mucho, y tratan al gobierno de la manera mas brusca, y perjudica notablemente á los periódicos científicos y literarios, de los que nada malo puede esperar el gobierno.

La ley del embudo es la ley que será eterna en España.

¡Vamos pagando!

LOGOGRIFO.

Unos al cielo me elevan
y me entonan himnos mil,
y otros que á buscarme fueron
reniegan quizá de mí;
agua tengo mas que nadie,
y las flores de un jardin,
y una dama que no sabe
cómo se vive en Madrid,
y una tierra codiciada
que no puede sucumbir,
y lo que quiere llegar
á ser cierto rey allí.

Un periódico ha dicho muy serio lo siguiente:

«Anoche ocurrió un incidente entre dos caballeros muy conocidos en los altos círculos políticos, que pudo haber ocasionado algun lance desagradable. Este fué motivado, segun nuestras noticias, porque uno de estos caballeros trató de llevarse consigo una hija del otro.»

¡Conque el mozo no queria nada menos que llevarse consigo una hija del otro?...

¡Y era un caballero conocido en los altos círculos políticos, y político por consiguiente?...

¡Y será probablemente uno de esos políticos que siempre están hablando de moralidad!...

Si el raptor hubiera sido algun infeliz, algun hombre sin inteligencia, sin educacion y sin política, los periódicos hubieran publicado su nombre; pero como es un caballero político, los periódicos refieren el caso para dar buen ejemplo, y callan el nombre del agresor.

No queremos hacer mas comentarios, ni acordarnos siquiera de la noticia que ha motivado estas líneas, porque respetamos demasiado al público que nos lee, para hablarle de ciertas cosas.

En la plaza de toros de la ciudad de Antequera, —por donde tantas veces queremos que salga el sol,—hubo dias pasados una bonita funcion, de cuyo programa copiamos á continuacion una pequeña parte, suponiendo que habrá escrito dicho programa alguno de los cinco machos cabrios rifados en la tarde de la funcion.

Véan nuestros lectores y admiren la misericordia de Dios.

«Para distraer la tarde, habrá una divertida rifa de 5 hermosos machos cabrios, los que serán corridos uno á uno por 4 ciegos contratados al efecto, todos con campanillos iguales en sonido á los que llevarán los machos.»

Saldrá el primero, y el que lo coja será premiado; rifándose despues al público. De este modo serán jugados y rifados tres mas por su orden respectivo,

y el último saldrá vestido de fuego y será para el ciego que lo coja antes de que se apaguen: advirtiéndole que el citado fuego no causará daño alguno. En caso de que en algunos se hiciese molesto el que lo cojiere, la autoridad dispondrá su rifa cuando lo crea oportuno.»

¿A que no saben VV. en qué se estaba ocupando, según un periódico, días pasados la Junta de beneficencia?

Pues se ocupaba nada menos que en hacer gestiones para que en la corrida de hoy 3 de Julio dé muerte á un toro el banderillero Lagartijo.—aquel á quien aquella señora arrojó los guantes,— á cuyo efecto interesó á un célebre aficionado, para que *gestionase* cerca de Cúchares y el Tato, á fin de que estos accedieran á la muerte del toro por Lagartijo.

Recomendamos este detalle al señor Lafuente para su *Historia de España*.

Damos las gracias al señor Fresneda, redactor de *El Pueblo*, que nos ha remitido un folleto, que se titula *Dios, el socialismo y la libertad*.

La obra del señor Fresneda combate el socialismo, y solo por esto merece elogio.

Advertimos á nuestros favorecedores que nuestra Administración no gira contra nadie, y que en adelante no servirá suscripción ninguna que no se pague, al avisarla.

CHARADITA.

La primera y la tercera
hacemos unos con otros;
la segunda es un señor
que está hablando mucho y gordo,
aunque con poco provecho,
lo que me alegra no poco;
la segunda y la tercera
suelo llevar á los toros;
la tercera es una cosa
que no gusta á ningún prójimo,
que nada cuesta tenerla,
y se halla en los pueblos todos;
y cuesta mucho soltarla,
y no hay quien no tenga el todo
que diversas acepciones
tiene, aunque yo no no las pongo.

BANCOS.

Señor Director de EL CASCABEL.

Muy señor mio y amigo: Mucho agradeceré á V. la insercion en su popular periódico del adjunto escrito, que se refiere á una cuestion de altísimo interés.—Es de V. atento S. S. Q. B. S. M. Juan Alvarez Guerra. Madrid 1.º de Julio de 1864.

El que suscribe, propietario y Director que ha sido de *La Constructora urbana*, sociedad de crédito, ha visto con sentimiento la oposicion que la mayor parte de las sociedades de crédito hacen al proyecto de ley presentado en el Senado para el establecimiento de un Banco hipotecario. No dejará de extrañarse que el Director de una sociedad de las que se dice que saldrán perjudicadas con la creacion del Banco en cuestion, se atreva á emitir su parecer favorable al citado Banco, que si es verdad que pide privilegio, que es un mal, en cambio se apoya en una idea grande y salvadora en favor de la propiedad, y rebaja considerablemente el interés de los préstamos, lo que es un gran bien, ó quizá el principio de muchos bienes. ¿Quiénes son las personas que van á ser perjudicadas en sus intereses con la creacion del Banco en proyecto? Lo que sucederá es que se destruirá un monopolio que nunca ha debido existir.

Solo rebajando el interés del dinero, la clase propietaria, tan esquilmada hasta hoy, podrá salvarse de la plaga, no que la amenaza, sino que ya se ha posesionado de sus campos, granjas y plantíos.

Los Bancos, en general, son hoy la destruccion de la propiedad, y en lugar de llevar el consuelo y la alegría á las familias, no llevan mas que luto, desolacion y desconsuelo; el propietario que no puede pagar en cinco años los intereses del dinero, que la necesidad le hizo tomar, vé con profunda pena pasar sus mejores fincas,—que ya tienen buen cuidado de escogerlas sus llamados protectores,—á manos profanas, sin que haya medio humano de evitar esta pérdida, pues las escrituras de retroventa y á plazos angustiosos hacen imposible toda rehabilitacion.

Este horrible mal de la usura es causa de muchos horribles males. Citaré un ejemplo.—En la cárcel de Alcázar de San Juan, pueblo donde tiene el que suscribe su familia y bienes, están presos y sentenciados á muerte dos infelices, para quienes desea,

como la desean todos los vecinos de aquel pueblo, toda la clemencia de S. M. la Reina; estos desgraciados dieron muerte á un prestamista que les habia dado dinero al 30 y mas por 100; ni la situacion á que se vieron reducidos, ni el hambre de sus hijos, nada hay que justifique el horrendo crimen que cometieron; pero este crimen no se hubiera cometido, si no hubiera existido la causa principal, el 30 y mas por 100 con que se dá el dinero miserable al infeliz labrador.—Es una circunstancia muy digna de estudio que un hermano de uno de los dos reos, que tambien habia recibido dinero de un prestamista, viendo cumplido el plazo, y pesando sobre él apremiantes necesidades, rogó, lloró, suplicó y se humilló al prestamista, y no logrando nada, pegó fuego á la propiedad hipotecada y puso luego término á su vida... Si en un solo pueblo, si en una sola familia, en el breve espacio de diez meses, la usura ha dado lugar á tales desgracias, ¡cuántas pudieran citarse en toda España!...

Considere este punto con detencion el Gobierno, y considérenlo tambien les que se oponen á la creacion del Banco hipotecario en proyecto.

Se dirá que los Bancos actuales están abiertos al abrigo de las leyes y autorizados por el Gobierno, y á nadie obligan á servirse de ellos, lo cual no es completamente exacto, pues todo el que vive en un pueblo sabe con cuánta frecuencia llegan agentes de todo género de sociedades, con magníficos prospectos en las manos, hiperbólicas cartas de recomendacion y la palabreria conveniente para hacer comprender á los pobres propietarios toda la abnegacion y todo el desinterés con que se les ofrecen las fuentes de prosperidad, que se llaman sociedades de crédito. Y los propietarios, que se ven sin recursos por el momento, que tienen perentorias necesidades, buscan dinero, y como no lo encuentran mas que en esos Bancos, á ellos acuden remediándose por el pronto, pero quizás arruinándose para siempre.

En otros tiempos se perseguia, encausaba, y encarcelaba, y se miraba con desprecio al que se atrevia á dar su dinero á mas del 6 por 100; y hoy, en plena civilizacion, se protege á quien destruye el primer cimiento social, arrancando á los propietarios lo que han ganado con tantos trabajos.

El que suscribe, ni como Director que ha sido de *La Constructora urbana*, ni como propietario lastimado, se propone defender privilegios de ningún género; por el contrario, los ha combatido y los combatirá siempre, y tanto es así, que si los mismos Bancos que hoy existen, conociendo sus verdaderos intereses rebajan el premio al dinero, será el primero en desear su duracion y prosperidad. Conoce el que suscribe los beneficios de la libre contratacion, y no pide que se pongan trabas á nadie, y menos al dueño del dinero; pero un gobierno previsor debe impedir que un cierto número de hombres reuna sus capitales para apoderarse de la propiedad, como se vá haciendo rápidamente, y como puede verse en todos los registros de hipotecas, sin que su ciencia pase de reunir su dinero y el de los imponentes á costa de la clase necesitada, la que no encontrando defensa ni apoyo en otra parte, acude ansiosa donde la llaman, sin aperebirse por el momento del veneno que se le propina en forma de dinero; y no se diga que hay necesidad para remediar esto de poner tasa al dinero: basta considerar, premiar y quitar toda contribucion á los hombres que funden Bancos humanitarios donde el necesitado encuentre con buenas y seguras garantías auxilio pronto y verdadero, olvidando completamente los que hoy existen y el daño que han causado, que es todo lo que se les puede conceder.

Estas justas razones son las que obligan al Director que ha sido de una sociedad á hablar en oposicion de una gran parte de las 78 de crédito que hoy se conocen en Madrid. Dicha sociedad es, si no estoy equivocado, la única que ha fijado el 7 por 100 de interés á sus operaciones; y no se crea por esto que ha dejado de hacerlas, pues una sociedad nueva como lo era esta, ha comprado y pagado con talones de su casa mas de seis millones de reales en terrenos dentro del ensanche de Madrid, y en sus mejores sitios para construir. Estos son hechos y no pronósticos.

En el Congreso de señores Diputados se ha dicho por uno de sus buenos oradores, que se apele á la opinion pública. Si esta ha de estar representada exclusivamente por los Bancos que tienen un interés grande en seguir prestando, ó continuar arruinando, al 14, 16, 18 y hasta 20 y mas por 100, y no se ha de oír á la clase menesterosa que se humilla á recibir tan inhumanitarios auxilios: continuará, la mayoría de los españoles, sufriendo, pagando y callando: mas si se ha de consultar, como es justo, á los pueblos, desde luego recoge el guante el que suscribe y admite la responsabilidad de presentar á los Cuerpos Colegisladores una esposicion firmada por un número grande de propietarios, la cual tendrá lo menos seis firmas por cada una de las que se hayan presentado y se presenten defendiendo la continuacion de los Bancos, tales como están basados hoy: y téngase muy en cuenta que ningún propietario, y menos el que suscribe, descende-

rá á defender concesiones de privilegios y exclusiva, pero sí pedirán y firmarán, con la energía que les permite la ley, que puesto que somos tan amigos de copiar lo que se hace en Francia é Inglaterra, se haga lo posible porque se encuentre en este pais con garantías buenas y seguras lo que se halla sin dilacion en aquellas naciones.

El Director, que ha sido, de *La Constructora*, humilde, pero decidido para estos casos, levanta su débil voz en pró de una idea justa, humanitaria y salvadora, como lo es la de cualquier Banco que rebaje el interés del dinero, pero sin privilegios ni exclusiva, y que diga á los propietarios: «Nosotros venimos á ganar poco con vosotros; os damos nuestro dinero pronto y á un interés módico; vosotros á la vez nos dais garantías buenas y seguras, y esto remediará vuestras necesidades y salvará vuestra propiedad amenazada, y nuestras casas no correran riesgo de verse cerradas el día que las demás caigan precipitadas por sus ambiciones;» y sin tocar para nada la libre contratacion, ni á los Bancos existentes, la usura poco á poco iria plegando sus destructoras alas; el gobierno que esto haga, además de las felicitaciones que recibirá de todas las provincias de España, podrá emitir y repartir su papel á estas sociedades, encontrando dinero al mismo interés que se dé á los propietarios, sin tener que considerar y agradecer servicios que en manera alguna lo son.

Madrid 30 de junio de 1864.

Juan Alvarez Guerra.

NUEVO REGALO

Á LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL.

EL CASCABEL, cada dia mas agradecido al favor que el público de Madrid y provincias le dispensa, y siguiendo su costumbre de hacer cada tres meses un obsequio á sus suscritores, vá á regalarles en el presente mes de Julio un tomo, que ya está en prensa, y que contiene seis leyendas en prosa, con este título:

HISTORIAS TRISTES,

escritas por D. Carlos Frontaura.

Este tomito, elegantemente impreso, vale mas de los 6 reales que cuesta la suscripcion de tres meses á EL CASCABEL.

CONDICIONES DE ADQUISICION.

Los señores suscritores, cuyo abono haya terminado en Mayo ó Junio, ó termine en fin de Julio, recibirán gratis, lo mismo en Madrid que en provincias, el libro titulado *Historias tristes*, si renuevan su abono por tres ó mas meses antes del 5 de Julio actual, remitiendo su importe, á razon de 6 rs. por trimestre, en libranzas, ó sellos, si no pudieran adquirir libranzas, á la Administración de EL CASCABEL, Jardines, 11.

Los suscritores actuales por seis meses y por un año tienen derecho á recibir el libro.

Los suscritores nuevos que quieran recibir el libro que anunciamos, deberán remitir por los tres meses de suscripcion 6 rs., es decir, que les damos el libro por 2 rs.; los que se suscriban por seis meses remitirán solo 13 rs., es decir, que no pagarán mas que **Un Real** por el libro.

Los suscritores nuevos que lo sean por un año recibirán gratis el libro.

Solo nos resta añadir que el libro *Historias tristes*, es un libro moral á la par que ameno y entretenido, y que el padre mas celoso de los buenos principios de sus hijos puede estar seguro de que en su lectura no hay riesgo alguno.

La edicion será limpia y elegante.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El libro que ofrecemos á nuestros favorecedores, titulado *Historias tristes*, contendrá doble número de páginas del que habiamos calculado primeramente, lo cual retrasa por algunos dias su impresion. Avisaremos oportunamente cuando empezamos á remitirlo á provincias, y cuando pueden recogerlo en la Administración los de Madrid.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanele, núm. 13.